

nido de bellas leyendas, hace sus felices incursiones por los recintos, no siempre fáciles, de la superstición, exalta el sentido entrañable de las faenas camperas y se aproxima al estudio del folklore religioso.

Para organizar su libro, ha manejado un material diverso y complejo. Así lo atestiguan las notas, que le dan solvencia intelectual.

El alma de Chile está cazada en estas páginas. *Folklore Chileno*, además de ser una obra de graciosos entretenimientos, resume todo un caudal de acuciosas investigaciones, captadas en los libros, vividas en la propia tierra, espigadas con esa frescura que tiene el agua de manantial.

Termina la obra con un catálogo de palabras de origen quechua, aymará, araucano, chilenismos y expresiones oscuras y desusadas. El autor, con suma facilidad, nos conduce por las complejas sendas de la evolución semántica de las palabras, fiel imagen de los hombres que viven, triunfan y pasan, para convertirse en anacronismos, hasta que una mano portentosa consigue levantarlas e insuflarles nueva vitalidad.

Pocas veces se habían dado cita en un libro gracia expresiva y el rigor folklórico.

Oreste Plath ha llevado a efecto esa tarea, delicada, de amor a su tierra. Una obra de esta índole sólo se puede organizar a base de un profundo conocimiento de las realidades y de los tipos vernáculos. El autor, según propia confesión, vivió muchos años oyendo contar leyendas y tomándole el pulso a las plurales vivencias de tipo nacional.

Ese conocimiento se anota en las siguientes frases: "Chile, con sus variadas zonas, climas y caracteres geográficos, presenta diversas actividades, a la vez que una curiosa gama de tipo laboral".

Y al socaire de esas variaciones, surgen los elementos folklóricos. En su base está el hombre de la costa y del mar, el individuo de tierra adentro, el roto y el huaso, el personaje ciudadano.

"De Norte a Sur, el roto viaja por todo el país sin ningún oficio, es maestro sin maestría. Este roto sabe ser pampino en la pampa; en el ejército, soldado. y carrilano, en el ferrocarril".

Oreste Plath, durante varios años, ha dictado cursos de Folklore Chileno en las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile. Sus trabajos figuran en importantes revistas de investigaciones demopsicológicas.

En su obra actual, existe una riqueza de sensibilidad, organizada para iniciar el asedio inteligente de la esencialidad chilena.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At395-26DEV10026>  
*Descenso*, de DANIEL BELMAR. Publicación de la  
Universidad de Concepción, 1962

Una elegía, concebida en tono lacrimoso, puede convertirse en desgraciado fruto del lírico vergel. Para que este tipo de composición tenga jerarquía, es necesario que no sobrepase los límites del lamento contenido y de la meditación filosófica.

Daniel Belmar ha escrito un poema, titulado *Descenso*, concebido como una elegía en sordina, especie de viaje a las moradas del recuerdo, en donde seestean ciertas vivencias capaces de configurar la vida del hombre.

Los poetas líricos manejan la simbología del retroceso y descenso. Quieren buscar los orígenes de su emotividad, tratan de explicarse y de comprender las ocultas razones que rigen su especial manera de estar en el mundo.

La imagen del hombre que trepa a un árbol para descubrir los horizontes reales y sensibles tiene significaciones constantes en la poesía de muchos ingenios. Siempre, después de la función escrutadora, el poeta inicia su vuelta, su retroceso, para hundirse en la tierra, porque en su entraña se escucha el rumor de las motivaciones esenciales.

Daniel Belmar escribe: "Desciendo a ciegas por ese oscuro túnel de la perdida juventud. Sin llanto ni alegría, fatigado./ Ibamos y volvíamos, orillando las depresiones inundadas,/ las sombrías arboledas desnudas,/ hendiendo la noche, las plazas misteriosas./ Tensos, temblando. Cansados, silenciosos". "Para encontrarte, sombra, desciendo a lo profundo del recuerdo, del tiempo, del paisaje./ Desciendo al sur. Desciendo, sombra, a las lomas doradas, a los pellines centenarios, al errante vilano".

La imagen del sur se adelanta. Y habrá un fino temblor de helechos y la metáfora de una "rosa de metales tiernos".

Una sinfonía de lluvia y viento cruza por estas páginas, escritas con tersura, sin que los vocablos adventicios recarguen la transparencia sentimental. Diríase que la evocación, contenida por el decoro estético, se ha hecho cifra y alusión de muy complejos estados anímicos.

Facetas de un mundo, casi dormido en los desvanes del recuerdo, adquieren forma, modelan la imagen del hombre que retrocede en busca de sus días que ya fueron.

El poeta se detiene en la figura de una mujer: "En los remansos poderosos, en las corrientes burbujeantes, en los días disueltos, en las etapas negras, tu rostro de marfil surge y se esfuma. Brillan tus ojos un instante".

Ese tono elegíaco se concreta en una serie de figuras literarias, unidas en la secuencia de un discreto lamento: "Te envuelve un oleaje de algas, un doliente naufragio. La noche acecha, envuelve, avanza. Suben las altas mareas del olvido".

Sabe el poeta que todo se apaga, destruye y muere. Cabe una posibilidad. Detener el tiempo que huye, conferirle categoría estética. Daniel Belmar ha realizado el prodigio.

Su poema *Descenso* es una elegía silenciosa, cuyos rumores se han expandido entre celajes de belleza.

V. M.

*Cirial - Situaciones*, de SERGIO ESCOBAR. Ediciones Redes.  
Valparaíso, 1962

Este primer libro, de Sergio Escobar, fue premiado por la Sociedad de Escritores. Escribe en su inicial poema: "El corazón abandona su planeta, oh, ciudadanos./ Las creencias acerca de los satélites nos hacen dar vueltas/ y vueltas en la cama, nos dejan/ una vigilia azul llena de etéreos objetos".

Los versos, sin rima, orquestados por un leve y caprichoso ritmo, enfilan